

SAN SEBASTIAN 68

UN FESTIVAL QUE NO HIZO 'BOOM!'



UNA vez más, el Palmarés de San Sebastián ha demostrado, a juzgar por las muestras de descontento, estrepitosas en más de un caso, con que fue acogido, que el querer contentar a todos es la mejor manera de no contentar a nadie y, lo que es aún más grave, que el repartir galardones por gentileza o por intereses más propios de una agencia de viajes —el hecho de que tal o cual personaje se haya trasladado a la ciudad en la que el certamen se celebra— que de un certamen que se autocalifica de artístico perjudica, en primer lugar, a

los galardonados. Esto es lo que ha ocurrido con Mónica Vitti, una actriz que puede decirse contaba con la simpatía, por muchas y diversas razones, de los asistentes al Festival y que recibió, al subir al escenario a recoger su premio como la mejor intérprete, un estruendoso pateo. En fin de cuentas, ni la Vitti ha ganado nada con que las cosas se hayan planteado del modo como lo han sido, ni la Markova ha hecho más que ver inflarse un premio que, por otra parte, podía ser más que discutible. El hecho es importante por lo significativo, y

Arriba, Franco Zeffirelli, director, y Olivia Hussey y Leonard Whiting, intérpretes de «Romeo y Julieta», el film que fuera de concurso sirvió para la clausura del certamen donostiarra. Abajo, un momento de la entrega de premios, desarrollado en un clima tenso. En presencia de Miguel de Echarrri, director del Festival; de Odile Versols, único miembro femenino del Jurado, y de Carmen Sevilla, «mestra de ceremonias», Miguel Angel Asturias, presidente de aquél, entrega su premio a Mónica Vitti.





«La leyenda de Lylah Clare» fue uno de los films escandalosamente ausentes del Palmarés. Sus principales intérpretes masculinos, Peter Finch y Ernest Borgnine —en la foto con sus esposas—, asistieron a su presentación, a la que sólo faltó Kim Novak. Se trata de una de las mejores obras dirigidas por Robert Aldrich,

hace que una vez más haya que preguntarse si no es ya hora de reestructurar por completo el sistema de funcionamiento de unos certámenes que, a escala internacional, están siendo este año objeto de una «contestación» que acabará, probablemente, y si no se producen acontecimientos nuevos en las pocas semanas que faltan para su celebración, con la muerte por asfixia del que, paradójicamente, está más cerca del modelo a seguir, el de Venecia, del que las asociaciones de productores de varios países se han retirado ya como protesta por la que ellos juzgan inadmisibles actitud de Chiarini y aprovechando el momento político de la caída del ministro Corona...

Sin que el escándalo fuera tan espectacular como el que opuso a

la Vitti y la Markova, los demás premios tampoco satisficieron. Las tres películas «vedettes» quedaron, como primera providencia, al margen del Palmarés, al menos como tales películas, ya que «Je t'aime, je t'aime» figuró en él por el procedimiento, tantas veces utilizado, y del que tantas veces Resnais ha sido víctima —«Mauriel» recibió en Venecia 63 el premio a la interpretación de Delphine Seyrig—, de galardón a su protagonista masculino, Claude Rich. Debía haber recibido, sin duda ninguna, la Concha de Oro. O, si se le consideraba excesivamente «experimental», un Premio Especial del Jurado, en cuyo caso la Concha de Oro tendría que haber ido a «Lylah Claire», inexplicablemente totalmente ausente de la lista de premios oficia-

les o no, y que igualmente habría debido valer el premio de la mejor interpretación al fabuloso Peter Finch, admirable en su encarnación de la contrafigura de Josef von Sternberg en el film de Aldrich, y dado que «¡Boom!», aparte la decepción que supuso, no figuraba en la competición.

«The long day's dying», el film que, en definitiva, obtuvo la recompensa máxima, habría salido ganando con la Concha de Plata, que le habría evitado los abucheos de que fue objeto por parte de un sector del público asistente a la sesión de clausura, y no precisamente la misma que, el día de su proyección, manifestó su desagrado por lo que el film tiene de más válido, su carácter revulsivo y desmitificador de una guerra que, en su

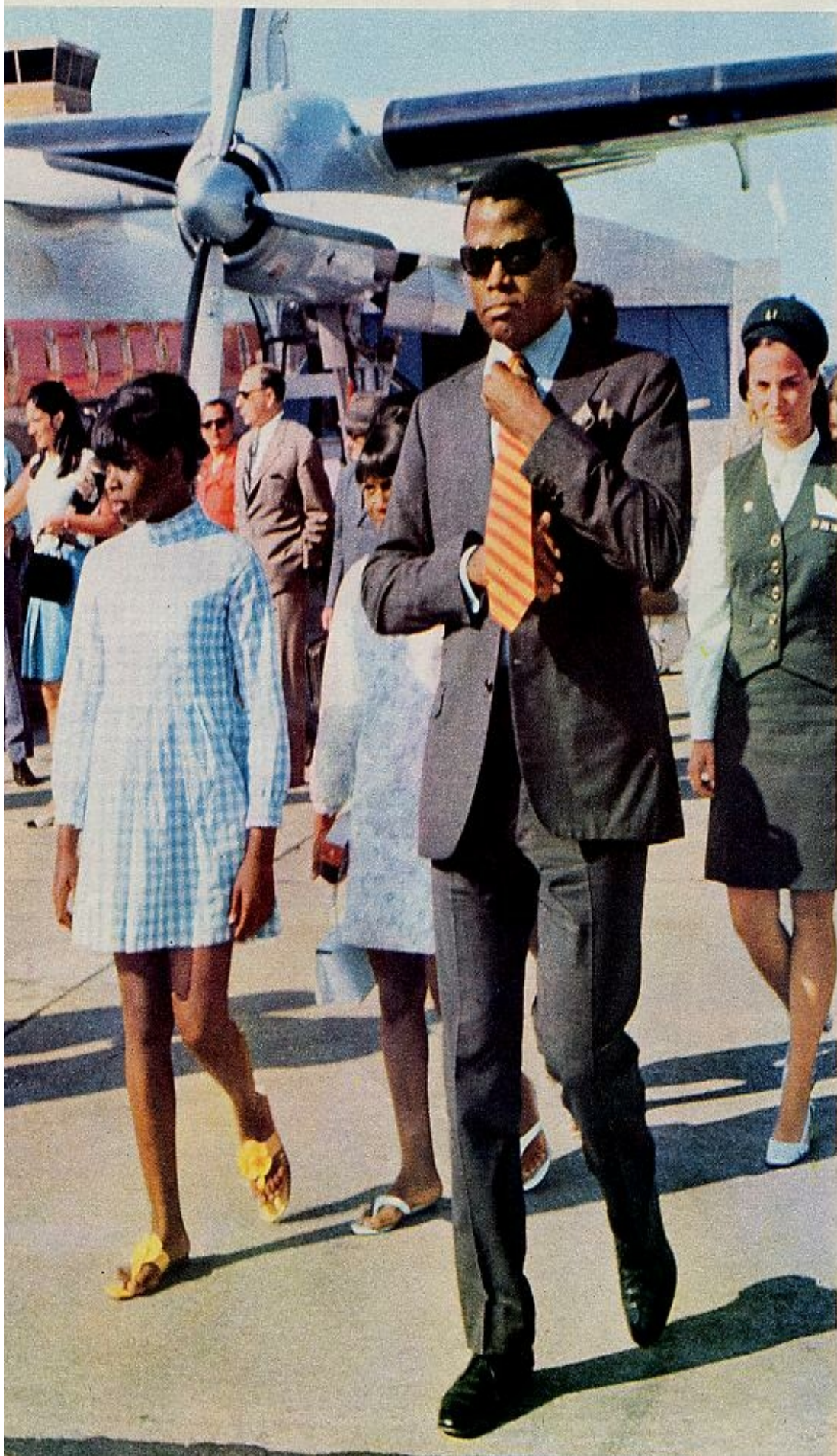
perfección técnica y su sofisticado absurdo, logra prender en sus redes al intelectual pacifista que llega a dejarse llevar por el placer de matar. El film, obra de un joven inglés, Peter Collinson, debía haberse pasado en Cannes, donde no llegó a proyectarse; interpretado por David Hemmings, Tony Beckley, Tom Bell —estos dos, asistentes al certamen— y Alan Dobie, en los papeles de cuatro soldados, ingleses los primeros y alemán el último, aislados de sus respectivas unidades, es una buena muestra de ese cine inglés último que, sin limitarse a sacrificar a la moda —como lo hacían los otros dos films británicos en competición—, se inscribe en una corriente de pensamiento y, sobre todo, **SIGUE** en una actitud de enfrenta-



Monica Vitti fue mal recibida en San Sebastián. El Jurado le concedió el premio a la mejor interpretación femenina. Rimma Markova recibió una mención del Jurado. Serena Vergano —abajo, a la derecha—, ganadora del premio de interpretación femenina el año pasado, pasó por la ciudad camino de Pamplona, donde rueda «La cena».



SAN SEBASTIAN 68



Como era previsible, y por las mismas razones que Monica Vitti, Sidney Poitier, asistente a la inauguración del certamen, obtuvo el premio de interpretación masculina, compartido con Claude Rich, con lo que se cubría el expediente de que «Je t'aime, je t'aime», el admirable film de Alain Resnais, no quedase ausente del Palmarés.

miento a la sociedad y las ideas establecidas que le hacen enormemente válido. Al margen de estos factores positivos, le sobra un cierto efectismo, una cierta confusión provocada por el enfrentamiento, no siempre lo suficientemente expresivo, de las imágenes y la banda sonora. Se trata, con todo, de una obra importante y salutar, que provocó, como queda dicho, las reacciones airadas y el abandono de la sala por parte de quienes consideran que un Festival no debe inquietar, sino limitarse a mantener el «statu quo» sin sobresaltos.

«Verano en la montaña», de Peter Bacso, y «Dita Saxova», de Antonin Moskalyk, se repartieron la Concha de Plata. Ambos se encuentran en esa línea media de las cinematografías centroeuropeas que peca de insuficiencia. «Verano...» es un film polémico, en el que tres generaciones se encuentran durante unas vacaciones a orillas de un lago, en un lugar en el que en otro tiempo hubo un campo de concentración. Película típica del deshielo, de reflexión sobre los errores cometidos en la época del stalinismo, sobre la dificultad para las últimas promociones de encontrar un camino y unas posibilidades de convivencia, se resiente de un exceso de buenas intenciones contrarrestado por una falta de auténtico rigor expresivo. Con «Dita Saxova», film más intimista pero que parte un poco de los mismos postulados, aunque en su caso la acción se desarrolle hace veintidós años, ocurre un poco lo mismo; en un principio el film debió ser rodado por Antonioni, admirador de la novela de Arnost Lustig en que se basa, pero no se llegó a un acuerdo financiero, y en ciertos aspectos de la realización se **SIGUE**



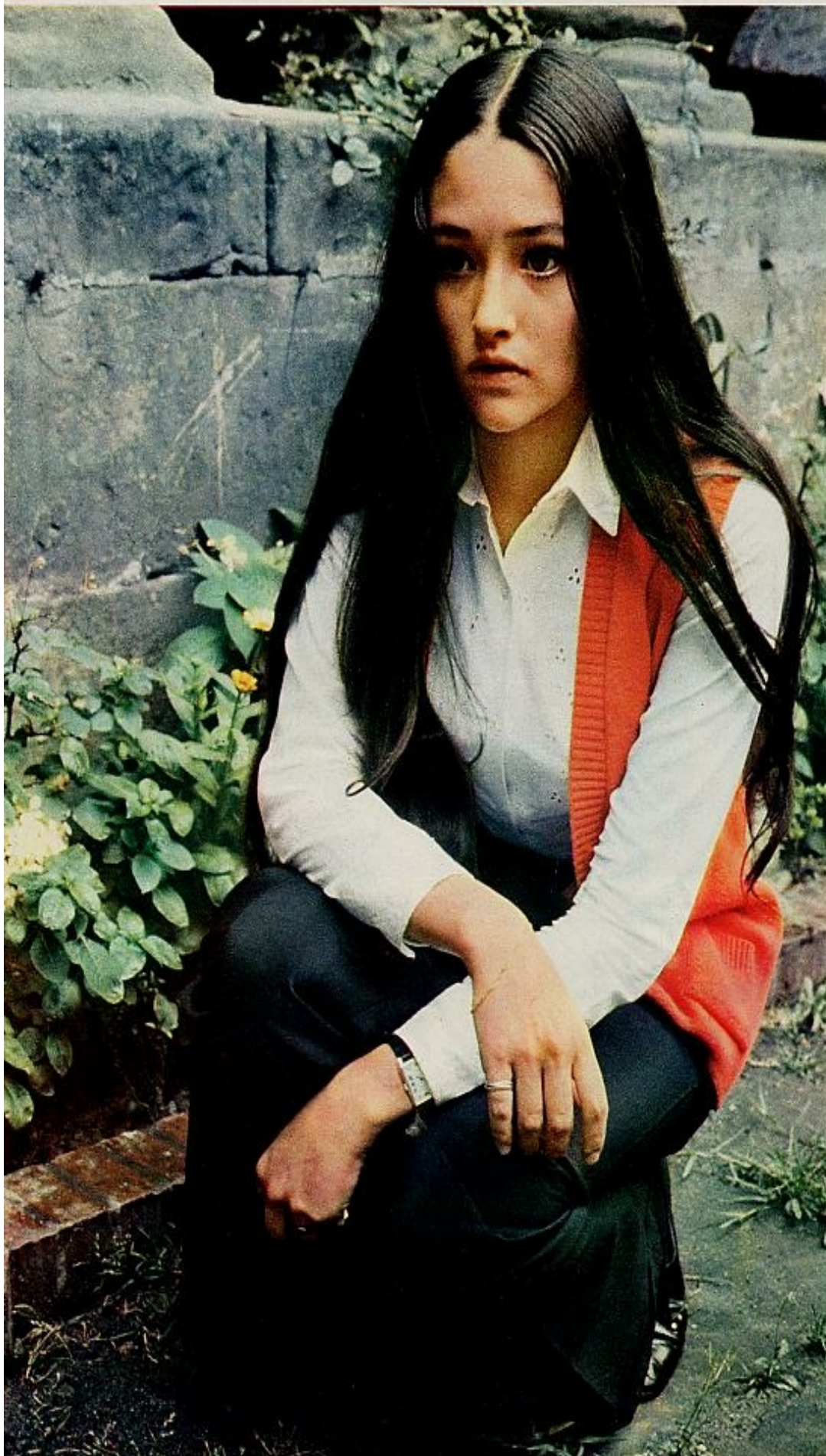
Tony Beckley y Tom Bell, dos de los intérpretes, junto a David Hemmings y Alan Dobie, de «The long day's dying», el film ganador de la Concha de Oro, estuvieron en San Sebastián (foto superior). A la derecha, Peter Collinson, premiado como el mejor director por su realización del film, en un momento del rodaje del mismo, dando instrucciones a Hemmings. La película en cuestión es un violento alegato antibélico.



La «entrada de oro», distinción que los representantes de la Industria otorgan al film más comercial, correspondió a «No somos de piedra», de Summers, cuya intérprete, Ingrid Garbo, aparece en la foto superior junto al guionista y productor Juan Miguel Lamet. Abajo, Olga Georges-Picot —«Je t'aime, je t'aime»— y Dominique Delouche —director de «Veinticuatro horas de la vida de una mujer»— con el director del Festival, Miguel de Echarrí.



SAN SEBASTIAN 68



observa el deseo de aproximarse a los modos de hacer del maestro italiano, lo que quizá sea el origen de la sensación de desasosiego que muchas de las escenas de la película producen. En cualquier caso, y sin que ninguno de los films sea despreciable, no se comprende muy bien la selección y posterior distinción a estos dos films cuando, sin ir más lejos, Cannes había dejado libres el fabuloso «Rojos y blancos», de Miklos Jancso, y el inquietante «La fiesta y los invitados», de Jean Nemeç, y sobre todo cuando, según cuantos las siguen de cerca, las cinematografías húngara y checa se encuentran en uno de sus mejores momentos.

El premio a «Hugo y Josefina» es interpretado, generalmente, como una segunda edición del «affaire» Vittì. Los niños que lo interpretan estuvieron en San Sebastián, eran muy simpáticos, muy amables. Y, por otra parte, al premiar un film sueco quizá se pretendiera alentar a esta cinematografía, raramente presente en el certamen donostiarra y aún más raramente en las salas comerciales españolas, a realizar un tipo de cine más «apto» para ellas, pretensión que, si ha existido, creo que no puede calificarse de otra cosa que de ridícula.

Con el galardón a Sidney Poitier, que a nadie ha sorprendido por las mismas razones que a nadie sorprendió, aunque si irritó, el de la Vittì, se cierra la lista de los concedidos por el Jurado oficial, que no ha resultado muy brillante a pesar de contar en su presidencia con un Premio Nobel, más preocupado, según parece, en la actualidad de las consideraciones a que le obliga su cargo de embajador que a la fidelidad a su imagen de escritor. Según informaciones confidenciales, quien más luchó hasta el final para imponer un Palmarés que no fuera de compromiso fue la única mujer componente del Jurado, la actriz Odile Versois. Pero, a juzgar por los resultados, la galantería no bastó para que los demás miembros se inclinaren ante sus criterios...

Los premios no oficiales, que en otras ocasiones sirven para compensar los errores del Jurado, este año se sumaron abundantemente a las decisiones de aquél. Así la Concha de Oro se vio incrementada con el galardón de la O. C. I. C., las de Plata con los de la Federación Nacional de Cine- **SIGUE**

Olivia Hussey, la Julieta del film de Zeffirelli, tenía quince años cuando lo interpretó, apenas uno más que su personaje. Ahora tiene dieciséis. Su presencia en San Sebastián, donde sólo a última hora se le unieron el realizador de la película y el intérprete de Romeo, Leonard Whiting, fue una de las que más impacto causaron. Olivia, que ya tenía cierta experiencia teatral, prosigue su carrera cinematográfica.



«Dita Saxova», de Antonín Moskalyk (Checoslovaquia), y «Verano en la montaña», de Peter Bacso (Hungría), se repartieron la Concha de Plata. Jaroslava Obermaierova, intérprete de la primera, y Katalin Gyöngyössi, protagonista de la segunda —Izquierda y derecha, respectivamente—, formaron parte de las delegaciones de sus países.



SAN SEBASTIAN 68



Clubs, el C. E. C. y el «Juventud». La revista «Cine Estudio» premió, justamente, al film de Resnais; el Ateneo Guipuzcoano, lógicamente, a «Ama Lur», y el premio «Cine Nuevo», Instituido por un grupo de críticos independientes, diplomados y alumnos de la E. O. C. y miembros de cine-clubs asistentes al Festival, a «El dependiente», el film de Favio del que ya hablaba elogiosamente en la crónica anterior y, posiblemente, el más apasionante si no el más redondo de todos los participantes en la competición.

De los restantes films no comentados en mi primer envío sólo merecen mención, por lo aberrante, «Veinticuatro horas de la vida de una mujer», de Dominique Delouche, increíble adaptación de la ya más que pasada novela de Stefan Zweig en clave homosexual y en imágenes que dejan muy lejos en cursilerías a las más ridículas tarjetas postales, y el «Romeo y Julieta» de Zeffirelli, que sirvió para el acto de clausura. Después de su «Mujer indomable», con Burton-Taylor, el realizador ha trabajado, en la adaptación de esta nueva obra shakespeariana, con dos desconocidos como intérpretes principales, dos desconocidos hoy célebres gracias a una masiva publicidad. Olivia Hussey y Leonard Whiting, con su extremada juventud, son los puntales en que se apoya Zeffirelli, montando una versión basada en la edad de los protagonistas y dando a sus relaciones una modernidad, una vitalidad de la que sucesivamente habían ido siendo despojados los personajes en función de la costumbre de que los interpretaran actores consagrados y maduros. En este sentido, toda la primera mitad de la obra es sorprendentemente «distinta». Ni Romeo ni Julieta son la pareja de enamorados soñadores, despegados de la realidad, que en general han presentado tanto las versiones teatrales al uso como las cinematográficas del tema. La escena del balcón, por ejemplo, es un prodigio de frescura, como lo son los sucesivos enfrentamientos de Montescos y Capuletos, verdaderas bandas de «vitelloni», mucho más creíbles al margen del esquema que las «actualizadas» de «West Side Story». Si la segunda parte del film no tiene la misma altura, ello se debe a la dificultad de modernizar unas relaciones que giran insistentemente en torno a la muerte. Zeffirelli se corta un poco las alas en esta parte, y se limita a ilustrar, lo que no había hecho en la precedente. Con todo, queda un film admirable, extraordinariamente bello e inteligente, cuyo interés va mucho más allá del puro decorativismo al que algunos lo reducen, y que de no haber figurado al margen del concurso habría merecido —y en este caso probablemente conseguido, por aquello del «prestigio»— un puesto importante en el Palmarés. ■ CESAR SANTOS FONTENLA. Fotos: RAMON RODRIGUEZ.